

ESTUDIOS

## COMPORTAMIENTO DEL CRISTIANO ANTE EL PROBLEMA DE LA COEXISTENCIA (1)

**P**OCO después de Navidad me llegó vuestra honrosa invitación para hablar sobre el comportamiento del cristiano ante el problema de la Coexistencia. A los pocos días tuvo la cristiandad el gozo de recibir de manos del Pastor Supremo una instrucción sobre el mismo tema.

Así puedo yo felicitarme y felicitaros a vosotros: a vosotros, porque el problema de la Coexistencia no la mirabais como algo puramente económico, sociológico o político, sino también como una preocupación cristiana de nuestro tiempo, en lo cual os ha confirmado el Santo Padre; y a mí, porque mis reflexiones recibirían orientación y luz de la doctrina de Pío XII.

Desde el punto de vista cristiano voy a tratar el problema de la Coexistencia en tres consideraciones: I. Coexistencia, como clima de nuestro tiempo; II. Coexistencia, como apariencia de realismo; III. Coexistencia, como plenitud de valores en el Cristianismo.

### I

El clima de nuestro tiempo, el aire que se respira es, por desgracia, y en proporciones cada vez mayores, el de la falta de relaciones in-

---

(1) Nos honramos con publicar este profundo estudio, leído en alemán por el P. Gundlach en la IV Reunión Internacional de Estudios del Centro Europeo de Documentación, tenido en El Escorial en la primera semana de junio pasado. Nos consta que el trabajo produjo una eficaz acción orientadora. Debemos la cuidada traducción al P. *Jesús Iturriz, S. J.*, quien tomó parte también en la Reunión. El estudio ha adquirido nuevo interés en el decurso de estos meses.

trínsecas entre los hombres. Esto contrasta extrañamente con la realidad de ésta nuestra época que ha acercado a los hombres entre sí como ninguna otra. Se han desarrollado de modo sorprendente los medios de comunicación y de información; el sistema de viviendas aglomera a los hombres; el trabajo forma caravanas que diariamente desembocan en las fábricas y en las oficinas; el deporte, las vacaciones, el descanso, se presentan en forma cada vez más organizada de grupos más o menos numerosos; sea el mercado libre, sea la economía dirigida, cuentan en principio con situarse en un plano de amplitud mundial, absorbiendo hasta lo último la capacidad humana de trabajo; partidos políticos, organizaciones especializadas, sindicatos agrupan hombres en crecido número, y ante las ventanillas de sus empleados agrupa el estado moderno de asistencia pública a los que justifican sus reclamaciones como a compañeros de una mesa común.

Pero todas estas relaciones sociales dejan a los hombres en la pasividad; los hombres aguantan, por así decirlo, estas relaciones; no les salen de dentro. Son cada vez menos las relaciones, en verdad, intrínsecas de los hombres entre sí; y aun la unidad religiosa y moral, jurídica y económica de la familia, siente el impacto directo o indirecto de las maneras modernas de producción y más del consumo. Sencillamente: los hombres tienen cada vez menos relaciones intrínsecas entre sí. Este es el clima de nuestro tiempo y, precisamente en él cobran su peculiar significado la palabra y la realidad de la Coexistencia. Ella significa un dato social sin propio contenido, una mera yuxtaposición de hombres, en la cual no está interesado intrínseca y activamente el núcleo personal. Esa palabra representa en mayor o menor grado algo eventual, algo progresivo, que aun durando largamente no será capaz de establecer lazos intrínsecos.

Se palpa el fallo. Por eso nuestro tiempo es tan ansioso en la organización de reuniones que se llaman "conversaciones" o "encuentros". Pero, una vez más, no son sino cosas preparadas, "conversaciones" sin que en el fondo haya un lenguaje común, "encuentros" en que se cruzan los caminos, pero sin encontrarse en el mismo camino para recorrerlo juntos. Tal es la mísera coexistencia como clima de nuestro tiempo.

¿Qué es lo que así ha cegado a los hombres para no ver los valores objetivos de la humanidad, únicos capaces de imprimir el carácter de lo social a la vida instituyendo y vitalizando la verdadera coexistencia? ¿Qué es lo que ha hecho al hombre desistir en sus reclamaciones en orden a aquellas determinaciones cualitativas, fines y propiedades de una realidad social? ¿Qué es lo que lo ha relegado a relaciones interhumanas mezquinas, superficiales, concretamente cuantitativas, donde los individuos quedan reducidos a números, a meros portadores de reacciones mensurables, material masivo de estadísticas y de cálculos de promedios con que lograr un conocimiento exacto de

todas las esferas vitales de la sociedad? ¿Qué pasa en nuestra actualidad para que con toda seriedad se crea en los métodos de la sociometría y del Instituto Gallup para penetrar en el mundo social?

Sin duda, en esta desviación hacia la coexistencia extrínseca y cuantitativa tiene también su culpa lo que la guerra y la postguerra, por abuso de los poderosos, han quitado al valor humano de dignidad y virtud para una ordenación de la vida social; esos valores quedaron despreciados al ser usados con demasiada frecuencia como simples bastidores. A esto se añadió la angustia de muchos por la más elemental existencia, por el hoy que no alcanza a preocuparse por el inmediato mañana.

¿Pero no habrá cambiado la situación bajo el signo de la inaudita evolución de la técnica y de la productividad en el trabajo? De ningún modo. Esos brillantes párrafos de la continua elevación social, de la incesante mejora de los niveles de vida, de la progresiva aligeración de la carga del trabajo han concentrado las miradas de los hombres en lo puramente cuantitativo de la realidad social. Se califica de crítico molesto, o de subido idealista a quien plantea la pregunta, la decisiva pregunta sobre la cualitativa coexistencia humana: esas cifras casi astronómicas ¿coinciden idénticamente con el bienestar humano, o sea, con una vida plena de valores humanos y sociales?

Resulta justo preguntar si subsiste todavía el hombre, pues con el subsistir se une íntimamente el concepto de bienestar; si el hombre subsiste todavía con aquella vigorosa subsistencia a la que es consustancial el hombre como persona; si el hombre subsiste todavía como señor de este mundo terreno, o si ya no cuenta más que como arrastrado en la corriente de un acontecer ciego encarnado hoy en el progreso técnico. El neopositivismo, hoy predominante con sus perfiles matemáticos y logísticos rechaza una respuesta a esa pregunta, que, sin duda, es metafísica, y el existencialismo, que tanto influye en nuestros días, la resuelve contra la persona humana. Según él tenemos que renunciar al ser personal, a la supremacía del sujeto sobre el objeto y con ello también a una auténtica verdad en el conocer y en el obrar. Según él el hombre es puro "encontrarse", el punto y lugar al que le viene el, encubierto ser, el punto y lugar en que sucede el ser.

La consecuencia práctica que, conscientes o inconscientes, adoptan los hombres de nuestro tiempo es esta: la evolución técnica con su múltiple influjo en la coexistencia de los hombres hay que tomarla como un hecho, como una fatalidad. Además obliga a los hombres a aguantarse mutuamente. A esto se llama "cultivar las relaciones humanas". Pero lo que en verdad quiere decir es un respectivo "no estropees el juego". Pues sobre el juego revolotea amenazante el azote de una concepción puramente cuantitativa de la vida: el ansia general por el "más" y el pánico general ante el "menos". No puede en

verdad venir el fin de la lucha de clases de modo más indigno para los hombres.

Pero se nos conjura a que confrontemos la lograda extrínseca coexistencia con una norma, con una norma de ordenación social, no precisamente con un plan de ordenación en cuyo centro esté la persona. En cuyo caso exigiríamos demasiado en vista del correr inevitable de los hechos al ordenar la persona y su posibilidad. Lo habían ya hecho el liberalismo, y no menos sus sucesores y enterradores, los sistemas totalitarios.

Con ello parece que, sin remedio, habrá de continuar el occidente evolucionando hacia una coexistencia meramente extrínseca. Así parece imponerlo el clima del tiempo. Desde luego, un porvenir sombrío. Pero no lo hemos propuesto a causa de un barato pesimismo cultural. No es ese el estilo cristiano. Hemos presentado un cuadro de nuestro tiempo para hacer clara la peligrosidad de esas maneras de coexistencia. El mundo occidental, que se va acostumbrando a vivir en una existencia sin valores, meramente extrínseca, ha renunciado, ya antes de comenzarla, al intento de la coexistencia con el mundo oriental dominado por el comunismo. Porque a este mundo, sea que sostenga o aguante al comunismo, lo agita desde hace años, por medio del comunismo, la cuestión de los valores sociales absolutos. Si ahora los occidentales, los sin-valores, tomamos contacto con aquel mundo en la coexistencia, seremos nosotros, de una u otra manera, los más débiles, débiles hasta la renuncia, sea en el resistir, sea en el otorgar. Tal es en este momento el gran peligro del clima occidental donde, por desgracia, no se quiere exigir entre los hombres sino una coexistencia extrínseca, sin valores.

Lamentamos tener que decir que esta desgraciada situación se ha hecho entre nosotros más peligrosa precisamente por los cristianos. Me refiero a un resumen sobre el cristianismo hecho en el occidente como objeto de reflexión teológica. Sobre la base de un sobrenaturalismo falso se propone una teología de la vida social y de la historia, según la cual la coexistencia no sería propiamente un problema cristiano, ni aun podría serlo, ni en cuanto relación común entre los hombres, ni en cuanto relación concreta entre occidente y oriente. Estas consideraciones teológicas de tal manera sitúan en lo transcendente y en lo eterno la realidad del Hijo de Dios encarnado, de la Iglesia y de cada cristiano, que cuantos elementos pertenecen al cristianismo como comunidad histórica, humana, quedan en un plano secundario o poco relevante. En consecuencia se niega que existan argumentos propiamente "cristianos" contra el comunismo oriental en cuanto institución social. Si Dios, como Señor de la Historia, dispone que el cristianismo cambie de su actual portador, el moribundo occidente, entonces nosotros, los cristianos, tendremos la misión de completar la "historia redentora", y tendremos que pasarnos sin reservas, sin las

llamadas exigencias cristianas, con los ojos cerrados, a la corriente del nuevo mundo del oriente abierto al futuro. Pío XII, en sus enseñanzas sobre la coexistencia, ha rechazado como no conformes con el catolicismo ideas fundamentales y esenciales de ese falso sobrenaturalismo, condenando de nuevo el comunismo como sistema. Y baste aquí con ésto.

## II

Las consideraciones hechas hasta ahora dan como resultado que es la progresiva falta intrínseca de relaciones entre los hombres la que convierte la coexistencia en problema para los cristianos; tratar de cosloayarlo con la fuga a lo sobrenatural, no es católico. ¿Pero resultará el problema menos grave si se estima la coexistencia como fruto de un pensamiento realista? ¿Si se la estima como una liberación de todas aquellas ideologías, que, en la práctica terminan por complicar las cosas y obstaculizan soluciones inevitables? A esta opinión pertenecen hombres de la calle, de la vida de las realidades duras, hombres de la economía y de la política. Seamos, pues, realistas, practiquemos una coexistencia concreta en el marco histórico de este mundo concreto.

Pero no es la economía la que como por encanto ha de resolver en el medio de la coexistencia la tensión. No lo es, ni lo puede ser. El Santo Padre, en su mensaje sobre la coexistencia, hace referencia a los economistas de la escuela liberal. Estos, desde hace más de un siglo, bajo la dirección del inglés Cobden, han coreado el libre comercio, mercado mundial sin discriminación de fronteras o de aduanas, como fructífero paraíso de coexistencia entre individuos y pueblos para todas las esferas de la vida. Los resultados decepcionantes son conocidos. Sus características económicas más acusadas son: en todas partes la falta de armonía en la relación entre la producción industrial y la agrícola; la tendencia nerviosa hacia el proteccionismo; las regiones poco desarrolladas, esto es, las que han sido abandonadas a su propia vida.

Aparte de esto ¿podía en verdad la economía, en cuanto mera coexistencia de los comerciantes en libre competencia sobre el mercado—en teoría sobre el libre mercado mundial—, llegar a ser la gran ordenadora de las relaciones humanas entre los individuos y entre los pueblos? Téngase bien presente que aquí no nos referimos en modo alguno al mercado como producto social. El mercado, en sentido liberal, se refiere más bien en cada caso y siempre al punto concreto de la formación de los precios. Esta formación de precios resulta en la libre concurrencia bajo el único principio del límite del coste, de modo que entre quien ofrece y demanda uno solo es, en cada caso, el verdaderamente activo, mientras todos los demás representan la apretura.

Este mercado, al estilo de la escuela ortodoxa liberal, representa, ni más ni menos, un ejemplo típico de coexistencia desprovista de toda relación intrínseca entre los hombres, meramente externa y cuantitativa. Por consiguiente, tal mercado no es ningún producto social con una finalidad propia, que aúne en plenitud de sentido el hacer o dejar de hacer de los participantes en orden a una formación de precios. Por ello nunca podrá una formación de precios, con un proceso tan puntualmente concebido a lo mecánico y cuantitativo, ser la base que del mercado, en sentido de los antiguos partidarios del libre cambio y en consecuencia de la economía, hace la fuente de todo orden entre individuos y pueblos.

Más todavía. Quien con razón entienda el mercado como algo social, no puede soslayar la pregunta sobre las leyes de su origen y de su evolución. Y no se responde a la pregunta con referirse, en este punto, como lo hacía el antiguo liberalismo ortodoxo, a una libertad formal, meramente negativa del *homo oeconomicus* respecto de toda implicación social. De aquí se ha seguido en la práctica una venganza al darse en nuestro tiempo aquellas manifiestas señales de resultados tan decepcionantes a que nos hemos referido más arriba. Pero esto nos da la pista para buscar las leyes que hagan del mercado un hecho social, a saber: las leyes estructurales de la esfera de la producción y del consumo. Pero una vez más, no en las relaciones abstractas cuantitativas, sino, en último término, en las leyes puestas por la naturaleza misma para el producir y el consumir de un pueblo que, al operar económicamente sobre su suelo, quiere no sólo existir, sino más bien instalarse en él; ya que no quiere vivir en un momentáneo *hoy*, sino en seguridad para la sucesión de generaciones. Una vez más, la coexistencia externa, meramente formal y cuantitativa en la economía, se demuestra como insuficiente.

Esto tiene hoy pleno valor, cuando la función ordenadora del mercado libre, aun en cuanto hecho social, está sometida a las peculiares condiciones de un proceso económico de dinamismo nunca visto. Progreso técnico, producción en masa, gran industria, oportunidad de ventas, todo esto pone en primer término el problema de las inversiones y hace cada vez más difícil el antiguo plan de la coexistencia en lo económico. Qué problema el que para una coexistencia económica de los pueblos plantea el mero hecho de que los Estados Unidos tienen hoy una participación en el producto social del mundo, tan desproporcionada con su territorio y con su población. Y nada hemos dicho todavía con esto del diverso orden económico que siguen el Oriente y el Occidente, que, seguramente, no hace más fructífera la coexistencia.

En todo caso, es realismo aparente el mirar a la economía a través del medio de la coexistencia como la gran hechicera de la distensión. Puede contribuir a la distensión, como dice el Santo Padre, y

contribuir mucho; pero hay que entenderla rectamente, como una parte del proceso social vital de la humanidad; hay que mirarle en el conjunto de fines de la humanidad, pues de él debe a la larga tomar la base de su ordenación. A pesar de la agitación que entre los realistas suscitan las llamadas *ideologías*, nosotros nos llegamos a la economía en cuanto coexistencia colmada de valores.

Parecido desvío respecto de la verdadera coexistencia y parecida tendencia hacia una coexistencia puramente formal, sin relación intrínseca y cualitativa, muestran los realistas de la Política. Están completamente de acuerdo en que al Estado se le llame con razón un orden de poder. Pero juntamente es *ideología* y no realismo el no acentuar debidamente en esa expresión el *poder*. Pues lo que siempre se ha estimado como contenido de un orden estatal, sospechan los realistas, es cuestión de simple *ideología*, o sea, nada objetivo, en sí mismo fundado, sino una taimada previa voluntad de poder. En definitiva, para todo realista, es el Estado, en su expresión más pura, solamente *poder*, portador de *poder* y nada más. Por consiguiente, la relación interestatal es de coexistencia puramente externa, cuantitativa en la esfera del *poder*.

Tal relación interestatal no tiene más que dos posibilidades en la ordenación política real: la coexistencia en el equilibrio de fuerzas y la coexistencia de bloques de poder con sus satélites. La primera posibilidad parece haber quedado ya atrás agotada; ante todo, porque la moderna consigna de la constante elevación de los niveles de vida no parece compatible con el creciente coste del rearme. La otra posibilidad está ante nosotros, porque esos enormes bloques de fuerza piensan poder superar aquella incompatibilidad, en cuanto que, por una parte, son ellos mismos quienes manejan los niveles de vida, especialmente de los satélites, y, por otra, en cuanto que algo hacen por lograr un desarme.

Pío XII en su mensaje sobre la coexistencia ha lamentado manifiestamente el fracaso de la Comunidad europea de defensa. Este su dolor podemos y debemos interpretarlo en el marco de los *principios* de la vida política, no en el marco de la *política del día*. El Papa vió claramente en la Comunidad europea de defensa una coyuntura posible para superar una coexistencia de pueblos puramente externa, de fuerzas, cuantitativa. Las palabras del Papa dejan adivinar que considera él como decisivos enemigos de la comunidad europea de defensa a quienes quieren persistir en aquella equivocada coexistencia. Más aún, hasta quieren adoptar de nuevo la antigua forma: el equilibrio de fuerzas en función de un peligroso juego de alianzas alternativas.

Como dice el Papa, se trata del juego político de los Estados Nacionales del siglo XIX, cuando se convirtió en político el contenido en sí apolítico de la Nación, se liberó al Estado plenamente, o hasta cierto punto, de toda relación trascendente, con lo cual vinieron a

ser prácticamente ineficaces los últimos restos de la fuerza política de Europa sin su tradición cultural-cristiana. Aun la idea de Europa sufrió mucho, desgraciadamente, en el resto del mundo, a causa de que los únicos rasgos que en ella destacaban eran los de su *poder* desnudo, y, a lo más, los de su civilización secularizada. El intento de volver a aquella falsa coexistencia—así podemos entender al Santo Padre—es económica y militarmente imposible, falso en principio, un ejemplo de nacionalismo peligroso para el resto del mundo, y cargado con el tremendo recuerdo de las explosivas fronteras creadas y sostenidas por el nacionalismo.

Es, pues, realismo nada más que aparente el reponer la falsa y meramente externa coexistencia en el equilibrio de fuerzas. Lo mismo pasa con la manera de coexistencia que hoy se está implantando, con la constitución de esos bloques de fuerza y sus satélites. Aquí es donde experimentamos y hemos experimentado la acción política como acción de *poder* en forma más pura que nunca. Con los mapas, que hasta ahora representaban de ordinario el espacio de habitación de familias en su plenitud de valor, se procede como cuando un técnico, sobre el tablero de dibujo, traza nuevas líneas en el blanco papel. Imponentes traslados de pueblos enteros, eliminación política por medio de zonas neutralizadas, creación de satélites, tales son los caminos de los bloques de fuerza hacia una nueva coexistencia puramente formal. El llamado realismo político consiste en que los satélites, beneficiarios de las expulsiones, quedan encadenados al poder del bloque por su preocupación de conservar lo ganado, y en que por medio de las neutralizaciones se afianza al estado *hic et nunc* entre los bloques de *poder*. En una palabra: asegurar a pocos potentes asegurando la impotencia de los más.

Pero los efectos de esta construcción no son nada tranquilizadores. Está tarada por la vigilancia necesaria, por el peligro duradero de intromisiones, por la amargura, que el continuo sacrificio unilateral y el encadenamiento unilateral de la libertad de movimientos tienen que despertar, a la larga, entre los interesados. Así una coexistencia auténtica, lograda por la conciencia del verdadero orden humano, nunca llegarán a ser real.

Estamos ante el fracaso del realismo aparente de una coexistencia puramente extrínseca, formal y cuantitativa tanto en la economía como en la política. No es posible pensar en lo social sin tener en cuenta los valores, sí, en verdad, la sociedad, en cuanto que es un todo y en cuanto ella abarca, forman constitutivamente un orden de valores y de fines, y representan, por consiguiente, a través de todas sus realidades cuantitativas, una coexistencia cualitativa unida objetivamente por su fin. Por lo demás, esos políticos realistas, para los que no cuenta el valor, prescinden, sí, de los valores objetivos, pero no siempre de valoraciones subjetivas decisivas. Cobden y los suyos

vivieron entusiasmados con el cosmopolitismo de los primitivos liberales, o sea, con un producto—objetivamente muy atacable—del racionalismo y de la ilustración. Del Presidente Roosevelt—que tan anchos caminos abrió en Yalta a los soviets para una política de coexistencia de bloques de poder—piensa el más reciente expositor de su acción presidencial, el historiador americano Edgar Robinson, que Roosevelt llevó adelante su política de extrañas concesiones a Stalin en el marco de una tendencia anticapitalista y antiimperialista, conceptualmente poco clara, por haber visto en el fondo del comunismo soviético un sistema de dominación en favor de los débiles. Nos espantaría el pensar que el juicio de Robinson para el caso Roosevelt pudiera valer también para la participación de los aparentemente realistas en la actual política: falta de ética y de principios, y carencia de base de una "filosofía política".

### III

Ya no nos queda más que la coexistencia como plenitud cristiana de valores para que nos sirva tanto de base y contenido de la general coexistencia entre los hombres, como de firme puntal para afrontar el problema de la coexistencia entre Occidente y Oriente. Lo que positivamente queremos con ello decir, quedó ya suficientemente aclarado cuando hicimos la crítica ya de la coexistencia en cuanto clima de nuestro tiempo, ya de la solución política y económica del problema de la coexistencia por medio de un realismo aparente.

Tenemos que ir con todos nuestros medios contra el espíritu de nuestro tiempo, que nos lleva a una coexistencia entre hombres puramente exterior, sin relación alguna intrínseca, basada en meras cantidades. La Pastoral, la Educación y la Formación y, ante todo, el ejemplo, deben reforzar de nuevo entre los hombres la conciencia de que los valores son eficientes en la obra de Dios, que abarca también su obra redentora. La base firme de efectividad social está, por ello, en que los hombres coexistan intrínsecamente vinculados entre sí como personas, como imágenes de Dios iguales, aunque siempre distintas. De otro modo—y a esto nos han conducido nuestras reflexiones—la coexistencia queda fundada en arena movediza. El ateísmo teórico y mucho más el práctico es hoy un peligro político y aun el primer peligro político.

Démonos cuenta de lo que pasará si el Occidente persiste en su poca estimación de los valores, y el Oriente consigue realizar, al menos hasta cierto punto, sus planes de coexistencia. Si los occidentales hemos de tener o no entonces entrada libre en el Oriente, dejémoslo estar. Pero de seguro, el Oriente podrá entonces hallarse entre nosotros infiltrado más todavía que lo está hoy. Particularmente, las zonas neutralizadas le quedan abiertas, pues todo intento de restricción ha

de tomarlo como oportunidad para entremezclarse, y nuestros llamados políticos realistas estimarán las quejas de amenaza a los intereses cristianos y culturales, lastre perturbador de la coexistencia. Así el Occidente tendrá que abandonarse a las fuerzas intrínsecas propias de sus hombres. Pero, si sus hombres han sido ya desvalorizados y así quedan, entonces nada le queda al Occidente para defenderse en el orden espiritual, y mucho menos para poder dar de sus bienes superiores. En estas circunstancias, esa idea de que especialmente las zonas neutralizadas podrán servir de puente entre Oriente y Occidente nos parece pura ilusión.

Tenemos que ampliar, sobre todo, y reforzar esa cabeza de puente de la coexistencia, en los valores cristianos. Europa tiene que serlo. Tiene que serlo Europa, el primer gran hogar del cristianismo, al cual fué conducido no por el fluir ciego de la historia, sino por el libre destino de Dios, el Señor de la Historia, desde que "el tiempo llegó a su plenitud". Tiene que serlo esa Europa que está hoy presente en todo el mundo, no por un poder exterior, sino por la fructifera adaptación de un humanismo cristiano a las peculiaridades de los pueblos y de las razas; tiene que serlo esa Europa, que aun hoy perdura más allá del telón de acero, entre esos hombres que defienden todavía una gloriosa herencia cristiana, o que en su alma naturalmente cristiana suspiran por la dignidad cristiana y la libertad de los hombres en todo el ámbito de la vida. Esta Europa, que tiene su apoyo en ese Occidente que debe unirse y reforzarse, si no políticamente, si al menos espiritual y cristianamente, esa Europa es la cabeza de puente de la coexistencia, a la que nos llevan todos y cada uno de nuestros esfuerzos, y de la cual ni la más pequeña concesión nos debe apartar.

Esto no es un supuesto cristianismo medieval en el siglo XX, ni una ideología de poder envuelta en religiosidad, con que muchos historiadores falsean el universalismo católico de aquel tiempo. Ni menos es esto "catolicismo político", del que reniega hoy desdeñosamente un falso supernaturalismo, para que, situados así en la altura sobrenatural, no se ocupen en juzgar según el cristianismo los sistemas sociales, contentándose con sufrírselos si no hay más remedio. Pío XII se encargó en Navidad de 1945, y poco después en su discurso de febrero de 1946 a los nuevos Cardenales, de aclarar esto cuanto hacía falta: la Iglesia nunca ha sido, ni lo es hoy, portadora de imperialismo alguno, pero tampoco es la Iglesia un producto quietista en la historia; ella, según el Papa, es "el principio vital de la sociedad humana", cuyas ordenaciones fundamentales fueron puestas por Dios y luego confirmadas cuando el Hijo de Dios tomó verdaderamente la naturaleza humana. Así la Iglesia, en la que continúa viviendo el Hijo de Dios encarnado, coexiste de un modo interno con la sociedad humana. Con su coexistencia ampara la Iglesia este orden fundamental de la sociedad, y lo protege y lo defiende, especialmente por medio

de la responsabilidad cristiana de cada uno de los creyentes para con el orden mundial puesto por Dios en todos los aspectos de la vida. Quien quiera coexistencia sin Iglesia o aun contra ella, sucumbe en daño de ello a una pasión anticatólica, la cual, por desgracia, influye en la alta política más de lo que pudiera pensarse. La Iglesia misma ha comprobado de nuevo prácticamente su coexistencia, cuando el Santo Padre, en su discurso del 6-XII-1953, trazó los principios de la tolerancia sobre la base del orden humano moderno interestatal: ¿pero se hará valer en todas partes este mínimo de coexistencia?

Todas nuestras consideraciones vuelven a lo que es fundamento firme y base de la realidad social, a la coexistencia de los hombres en su intrínseca unión de personas, de imágenes iguales, y a la vez distintas, de Dios, realizadas en la humanidad y en sus valores. Esto no equivale a exagerar la fuerza ordenadora de la persona ante el poder opresor de los procesos de las cosas desarrolladas por la técnica en la economía y en la política. El liberalismo es, en todo caso, quien ha exagerado la libertad de la persona para el orden. Pero su fallo fué que en aquel núcleo de realidad social se propuso una ruptura nuclear. Llegó el mundo humano a magnitudes puramente cuantitativas, a números de individuos de una libertad e igualdad formal, vacía de valores en su contenido.

La fisión nuclear parece vengarse en la naturaleza sin vida; pero en el mundo social de seres humanos con espíritu se ha vengado con toda certeza. El plan de ordenación del equilibrio social le fué arrebatado a lo objetivamente finalista confiándose a lo mecánico. Esto era como dar suelta a las tendencias hacia los valores límites cuantitativos; en lo sociológico era la minimización de la unidad familiar: era socavar la firmeza de la extensión media de la propiedad y favorecer el sobrepeso del gran Estado. Esto era, no menos, renunciar al principio de la subsidiariedad de la acción social, impedir que la línea de la competencia de los ordenadores fuera de abajo hacia arriba, y acabar finalmente en el centralismo.

Conservemos intacto con santo respeto a la obra de Dios el núcleo de la realidad social, aquella coexistencia en el valor humano, intrínseca, personal, fundamental; y entonces la persona, bien encauzada socialmente, no será entregada a aquellas evoluciones equivocadas; y aun en estos tiempos de técnica no será demasiado lo que se le pida para el debido orden. No puede el orden tener un vacío en que la tiranía de la sociedad acabe por destruir la libertad.

Este interno saneamiento de la estructura social será, juntamente con lo espiritual, decisivo para la suerte de la coexistencia entre Occidente y Oriente. Aquí, en el Occidente, está en nuestras manos el fortalecernos en el pleno valor cristiano y—empleando la terminología de Theodor Litt—el volvernos atrás, de la "artificial" hacia la sociedad "natural". Pero ahí es donde acaece lo trágico, el que una socie-

dad todavía muy "natural" se transforme en cortísimo tiempo en una "artificial". Pero tal vez aun ahí se harán sentir a la larga las fuerzas de resistencia de la humanidad.

Todo esto no nos permite confiar en una coexistencia entre Occidente y Oriente. A los occidentales nos queda un deber: creciente desconfiar, sanear y fortalecer en plenitud de valor cristiano. Una vez más recae sobre el cristianismo una gran responsabilidad. Pesimistas y optimistas estimarán de diverso modo los éxitos del cristianismo en la ordenación de la sociedad humana. Pero nosotros pensamos que lo decisivo no es el éxito. Ni el Señor tampoco preguntó sobre el éxito. A nosotros cristianos nos toca sencillamente ocupar nuestro puesto en la historia y ser "testigos" del Señor "hasta los confines de la tierra". Esta es la verdadera actitud cristiana en la hora actual de Europa. El futuro cae ciertamente también bajo nuestra responsabilidad; pero no está en nuestro poder. Está ya dicho: "No os toca a vosotros conocer los tiempos y los límites que el Padre ha señalado según su poder."

G. GUNDLACH, S. J.

Roma, Universidad Gregoriana.